

ble, un arcon y algunas sillas de madera, sin pintura ni barniz sirviendo de ajuar á toda la pieza, en cuyas blancas paredes se veian en marcos negros algunos grabados que representaban figuras de santos, y todo esto alumbrado por un candil de tres luces que proyectaba una dudosa claridad sobre el telar y las dos personas que se hallaban cerca de él, y dejaba el resto de la pieza casi en tinieblas.

Asi pasaban su vida aquellos dos séres tan diferentes en edad y en figura como en carácter. Marietta trabajaba todo el dia y parte de la noche; la buena Marta dormia ó regañaba; y los domingos, vestidas las dos con sus mejores ropas, asistian á la iglesia de S. Juan, la mas cercana para ellas, á la misa y á los oficios.

Su servidumbre se componia de un mozuelo que se llamaba Carlos, encargado del cuidado de la puerta y del aseo de la casa, y de la vieja Angela que se alababa de ser la mejor confeccionadora de los célebres macarrones, y á cuya alta sabiduría estaba encomendada la cocina.

Cuando Marta y su nieta se dirigian á la Iglesia de San Juan, los mozos que encontraban al paso lanzaban exclamaciones de admiracion al contemplar la peregrina hermosura de Marietta, y los mas atrevidos le decian flores que ponian extraordinariamente ufana á su abuela.

Marta decia á las comadres del barrio que le agradaba salir á la calle con su nieta, porque los piropos que le decian los mozos le recordaban sus buenos tiempos, y le probaban que la raza de Juan el largo no habia degenerado, y que Marietta era tan linda y seductora como ella misma lo habia sido en sus floridos años.

En cuanto á la pobre niña, oia sin conmovirse los cumplimientos que le dirigian, y condenada por la suerte á trabajar para vivir, olvidaba los lúnes cantando y haciendo mover el telar la admiracion y el entusiasmo de que era objeto los domingos.

## VII.

## Una nube.

Acabamos de decir que Marietta era feliz, y estamos seguros de que mas de una lectora ha sonreido desdeñosamente al leer esta frase.

Para la mayor parté de las mujeres no puede haber felicidad perfecta sin amor, y esto se concibe; amar y ser amadas es la mas agradable y mas general ocupacion de las encantadoras personas que componen la parte de la humanidad llamada con universal aceptacion el bello sexo.

La belleza, la coqueteria, el afeite, la elegancia en el vestir, el cultivo del entendimiento, todo, en una palabra, es en las mujeres un medio; el amor es el fin, el objeto supremo. Pero al tocarle, ¿se encuentra en él la felicidad soñada? Deseariamos que nuestras bellas lectoras llevaran la mano al corazon y nos dijesen, sinceramente si posible fuere, si la realidad que han tocado correspondió á su ilusion; y nos lisonjéamos de que mas

de una convendria con nosotros en que no hemos dicho un disparate asegurando que Marietta era feliz mientras no pensaba mas que en su telar y en aliviar la suerte de su anciana abuela.

Un dia, era en Setiembre y la feria habia atraido á Pésaro afluencia de extranjeros, Marietta notó entre los que mayores muestras de admiracion dieron al verla en el tránsito de su casa á la iglesia de San Juan, á un jóven que le era completamente desconocido, pero que sin que ella pudiera explicarse la causa fijaba extraordinariamente su atencion.

El desconocido la siguió á la iglesia; no apartó de ella sus ojos durante los oficios, y cuando se retiraba le ofreció galantemente en sus dedos el agua bendita. Marietta tocó temblando aquellos dedos húmedos que oprimieron ligeramente los suyos, y no pudo dispensarse de levantar los ojos y ver frente á frente al extranjero al darle con voz conmovida las gracias por su atencion.

La fisonomía de aquel hombre era vulgar, y habia indudablemente en Pésaro multitud de jóvenes que le aventajaban sobremanera en apostura y gallardía, pero Marietta sintió algo nuevo al verle; su corazon latió mas fuertemente que de costumbre; un vivísimo carmin tiñó sus pálidas mejillas, y tuvo que apoyarse en una columna para no caer y arrastrar en su caída á la pobre Marta que se apoyaba en su brazo.

Al atravesar las calles de Pésaro para regresar á la hasta entonces tranquila masion de Juan el largo, Marietta no se atrevia á volver el rostro para no encontrarse con la mirada del extranjero, pero le sentia detras de ella aunque iba á respetable distancia. Sus dedos que habian tocado los de aquel hombre estaban ardientes y parecian brotar fuego, y un estremecimiento nervioso sacudia á cada momento su cuerpo. La buena Marta nada notaba del cambio repentino operado en su nieta, y tampoco notó que al llegar á la puerta de su casa, y como

cediendo á un movimiento interior irresistible, Marietta volvió el rostro y permaneció un momento con la vista fija en el camino que acababan de recorrer.

Durante el resto del dia, Marietta estuvo triste é inquieta; no contestó bondadosamente como tenia de costumbre á las impertinentes cuestiones de su anciana abuela, y varias veces se acercó maquinalmente á la ventana que daba al campo, y maquinalmente tambien levantó la cortinilla.

Algunos habitantes de Pésaro que fueron á pasear aquel domingo por los alrededores de la casita del molino, observaron que un hombre, desconocido en el pueblo, se paseaba por frente de la habitacion de Marietta con la vista fija en las ventanas. Algunos mozos, apasionados de la bella tejedora, concibieron celos por ello, y se cuenta que no faltó quien dirijiera algunas provocaciones al extranjero; las comadres tomaron de la presencia del desconocido asunto para una conseja que contar en familia, y un acomedido se acercó á la casa y recomendó muy especialmente á Carlos diese doble vuelta á la llave y atrancase bien la puerta, porque, decian, un hombre sospechoso parecia observarla con malas intenciones.

Marietta se retiró á su pequeño cuarto á la hora que acostumbraba hacerlo, despues de abrazar á la buena Marta, pero no pudo conciliar el sueño.

La imágen del desconocido, que no se habia apartado de su pensamiento en todo el dia la persiguió en sueños los pocos momentos que durmió aquella noche; y cosa extraña, ella que nunca habia tenido mas que ensueños color de rosa, ella que jamas vió dormida mas que ángeles que la acariciaban y bellos fantasmas que derramaban flores sobre su casto lecho, sufrió horribles pesadillas.

Veia á ese hombre en la iglesia tocándole los dedos al ofrecerle agua bendita, y sentia aquellos dedos como de hierro candente que lastimaban de una manera horrible los suyos; luego

tomaba proporciones gigantescas, y alargando sus inmensos brazos parecía ahogarla en ellos lanzando una estridente carcajada. Despues la soltaba en el pavimento, é inclinándose hácia ella con una mirada infernal, le abria el pecho con sus uñas de tigre y le desgarraba cruelmente el corazon.

Marietta lanzaba un grito ahogado y despertaba con el pecho comprimido; un sudor frio y copioso inundaba su frente, y todos sus miembros temblaban como si estuvieran agitados por la calentura. Volvia á dormirse, y volvia á soñar con el espectro, y volvia á despertar con la misma excitacion nerviosa.

Aquella noche fué larga y horrible para la nieta del leñador; mujer é italiana, y supersticiosa y devota por lo mismo, creyó encontrar alivio en la oracion. Entre ella y la imagen de la Madona colgada á su cabecera se interponia aquel hombre. No pudo orar.

La situacion de Marietta era espantosa. No podia explicarse lo que le pasaba. Supuso al principio que tenia amor por el extranjero, pero Marta le habia pintado este sentimiento de una manera tan diferente y con tan bellos colores, que juzgaba imposible que se produjera con tan diversos síntomas.

Despierta, recordaba con placer al extranjero y experimentaba una especie de orgullo por haber llamado su atencion; dormida, le veia como un fantasma amenazador dispuesto á ahogarla en sus nervudos brazos y á destrozarle el corazon.

La luz del dia vino á poner término á la angustia de la pobre niña. Al acercarse al espejo para arreglar su tocado se encontró fea por la primera vez de su vida. La noche que acababa de pasar habia dejado hondas huellas en su semblante; estaba mas pálida que de costumbre, y dos líneas negras sombreaban la parte inferior de sus ojos, pero lejos de perjudicar su hermosura, esos efectos del insomnio le daban un aspecto fantástico que le hacia parecer mas encantadora.

A la hora de costumbre se sentó delante de su telar; la tarea no caminaba como de ordinario; los pedales se movian con pesadez; el hilo de la lanzadera se reventaba á cada momento, y la activa y alegre tejedora de otro tiempo dejaba languidecer su labor, y no alegraba el monótono sonido de su instrumento de trabajo con los alegres acentos de su voz.

Algo pasaba en el alma de la pobre niña; algo como una nube negra que oscurecia el espléndido azul de su cielo.